

## INTRODUCCIÓN

El presente libro constituye una recopilación de estudios en su mayor parte ya publicados sobre la naturaleza de la ética<sup>1</sup>. Si la unidad temática justifica su inclusión en un único volumen, el motivo que realmente me ha llevado a reunirlos es bastante más prosaico: simplemente hacerlos más accesibles a aquellos que se interesen por estas cuestiones, así como a los estudiantes de ética en Filosofía.

En todo caso, lo prosaico del motivo no resta importancia al tema: qué es la ética, cuál es su objeto, en qué relación se encuentra moralidad y felicidad, qué diferencia hay, si es que la hay, entre ética y moral, así como el recorrido histórico que permite comprender la frecuente diferenciación de ambos términos, o de qué modo cabe plantear la enseñanza de la ética en una sociedad como la nuestra, son cuestiones que, de un modo u otro, gravitan siempre sobre nuestras discusiones éticas.

1. "El Estatuto de lo moral", *Anuario Filosófico*, XXX/3, 1997, pp. 703-721; "Moral, filosofía moral y metafísica", *Pensamiento*, vol. 56, nº 216, 2000, pp. 439-467; *El Faktum de la razón*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, nº 75, 1999. "Ética y moral. Origen de una diferencia conceptual y su trascendencia en el debate ético contemporáneo", *Anuario Filosófico*, vol. XXXIII/3, 2000, pp. 797-832. "Éticas sin moral". *Pensamiento y Cultura. Revista de Humanidades*, vol. 12/2, 2009, pp. 303-320. "La enseñanza de la ética en una sociedad pluralista" fue una conferencia impartida en el IESE, en el marco de la *VI Encuentro Internacional sobre Docencia de ética empresarial y profesional*, en el año 2000. Una versión adaptada de ese texto apareció luego, bajo el título "Ethics in Global Business and in a plural society" en *The Journal of Business Ethics*, vol. 44, nº 1, April (II), 2003, pp. 23-36.

Si, como señalara MacIntyre, nuestros conflictos y desacuerdos éticos obedecen en gran medida a que ni siquiera estamos en claro acerca de la naturaleza de nuestros desacuerdos, explorar cuestiones como las que acabo de indicar es una tarea inexcusable. A este respecto, y en abierto contraste con una visión muy extendida, que tiende a presentar la ética como si fuera un recetario o un prontuario para resolución de conflictos morales, es preciso recordar que la ética es ante todo una disciplina filosófica, y, por tanto, una tarea reflexiva.

## 1. LA ÉTICA COMO PROLONGACIÓN REFLEXIVA DE LA EXPERIENCIA MORAL

Ciertamente, el objeto de la ética es algo tan práctico como el obrar humano, y su finalidad última no puede ser sino contribuir a la dirección del obrar. Pero ello no nos autoriza a confundir el plano de la *praxis*, con el plano de la *reflexión* sobre la *praxis*; ni mucho menos confundir el buen obrar con la mera aplicación de normas. Por de pronto, antes de aplicar cualquier norma hay que reconocer si la norma en cuestión es pertinente en el caso concreto, para lo cual ya se requiere cierto conocimiento práctico.

Así pues, la reflexión filosófica sobre el obrar humano, la ética, lejos de hacer superfluo el conocimiento práctico que posee todo agente, por el solo hecho de verse urgido a actuar, más bien lo presupone; presupone, esto es, una elemental captación del bien que es posible realizar, un juicio acerca de la cualidad moral de las acciones, así como la deliberación acerca del curso de acción más adecuado para guardar la rectitud moral en unas circunstancias dadas. La ética filosófica se hace cargo reflexivamente de esa experiencia moral del ser humano, y la analiza, la critica, la profundiza. “El filósofo moral –escribe Habermas– no dispone de un acceso privilegiado a las verdades morales”<sup>2</sup>. Lo que hace es reflexionar sobre la experiencia moral cotidiana, con el fin de clarificarla y conocerla en sus

2. J. HABERMAS, “¿Afectan las objeciones de Hegel contra Kant también a la ética del discurso?”, en *Aclaraciones a la ética del discurso*, Trotta, Madrid, 2000, p. 33.

principios, de forma que ese conocimiento revierta positivamente sobre el modo de vivir.

Desde esta perspectiva, la ética filosófica puede considerarse la prolongación de un rasgo presente en nuestras vidas, por el solo hecho de ser humanos. En efecto: por el solo hecho de ser humanos, tenemos una ética implícita, que se manifiesta en las valoraciones, espontáneas o meditadas, que hacemos de la conducta propia o ajena. Así lo expresa Stephen Darwall: “el pensamiento y el sentimiento ético están entrelazados en nuestras vidas de maneras que rara vez apreciamos. Todos tenemos alguna ética implícita, tanto si lo sabemos como si no, incluso si negamos tenerla. A veces podemos dejar de reconocer o rehusar reconocer nuestros valores, por supuesto, pero no podemos vivir sin ellos. Aquellos que piensan que podemos deberíamos considerar que sin valores careceríamos de sentimientos tales como el orgullo, la admiración, el respeto, el rechazo, el resentimiento, la indignación, la culpa, la vergüenza, y una completa ristra de otros. ¿Sería una vida reconocible como humana, en ausencia de cualquiera de estos valores?”<sup>3</sup>.

En términos parecidos se expresa Annemarie Pieper: “la moral –ob-serva– también juega un gran papel en la experiencia cotidiana: en todos los comportamientos y usos lingüísticos de los seres humanos se manifiesta de manera más o menos pronunciada un determinado compromiso que, a su vez, se basa en unas valoraciones determinados. Es justamente la humanidad del ser humano en tanto que miembro de una sociedad lo que hace que no se muestre sencillamente indiferente ante lo que digan y hagan las otras personas, sino que tome partido y exprese, manifestando su alabanza y su censura, su aprobación y su desaprobación, su acuerdo y su rechazo, lo que considera bueno o malo, acertado o desacertado. Esta posibilidad esencial de no aceptar acríticamente todo lo que acaece, sino –sea por interés propio, por convicción interna, o por una finalidad considerada universalmente como deseable– de manifestar la actitud personal de cada uno en el seno de la comunidad de individuos que

3. “Ethical thought and feeling are woven throughout our lives in ways we rarely appreciate. We all have some implicit ethics, whether we know it or not –even if we deny that we do. We may occasionally fail or refuse to acknowledge our values, of course. Or avoid developing them into a coherent ethical outlook or philosophy. But we cannot live without values. Those who think we can should consider that without values we would lack such feelings as pride, admiration, respect, contempt, resentment, indignation, guilt, shame, and a whole host of others. Would a life be recognizable human without any of these?”. S. DARWALL, *Philosophical Ethics*, Westview Press, 1998, p. 3.

actúan y se comunican entre sí, constituye un indicio de la libertad como fundamento de toda praxis humana”<sup>4</sup>.

Reconocer que las valoraciones y los juicios morales forman parte de nuestra vida cotidiana es reconocer que la ética, la moral, es algo cotidiano. Pero no es todavía conocer por qué esas valoraciones y juicios a menudo difieren entre sí, ni cuál es la relevancia práctica de tales diferencias, ya para el individuo, ya para la sociedad en su conjunto. Como señalábamos poco más arriba, profundizar en estas cuestiones es la tarea que persigue la ética filosófica o filosofía moral.

De acuerdo con lo anterior, la filosofía moral o ética filosófica se puede describir como la rama de la filosofía que se ocupa de estudiar los actos humanos desde el punto de vista de su moralidad, es decir, desde el punto de vista de lo que hace los actos humanos buenos en absoluto, y no sólo desde un punto de vista particular –por ejemplo, bueno para la salud, para la economía, etc.–<sup>5</sup>.

## 2. METAÉTICA Y ÉTICA NORMATIVA

Según esto, la tarea específica de la *filosofía* moral consistiría en reflexionar sobre la experiencia moral cotidiana, para tratar de clarificar y discernir los principios del obrar moral, conforme a los cuales dirigimos y evaluamos moralmente las acciones, de forma que ese conocimiento revierta positivamente en la dirección de la vida. Por lo primero, la filosofía moral entraña, desde siempre, una dimensión “metaética”, esto es, una dimensión de reflexión sobre la propia experiencia moral; por lo segundo, entraña una dimensión propiamente normativa.

En efecto: aunque la distinción entre metaética y ética normativa se presentó inicialmente asociada a la filosofía analítica del lenguaje, para designar la diferencia entre el estudio del lenguaje moral y el estudio de la moral propiamente dicha, en la actualidad se ha hecho frecuente un uso más amplio del término “metaética”, según el cual ésta trataría no sólo del

4. A. PIEPER, *Ética y moral: una introducción a la filosofía práctica*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 26.

5. Cf. R. SPAEMANN, *Ética: cuestiones fundamentales*, Eunsa, Pamplona, 5ª ed., pp. 19 y ss.

lenguaje moral, sino también de cuestiones de tipo metafísico y epistemológico, entrañadas en la experiencia moral y en el mismo desarrollo de la ética filosófica. Por contraste, la *ética normativa* se vuelca directamente en el análisis y comprensión de las acciones, con una intención práctico-normativa.

Para distinguir ambos usos del término “metaética”, A. Pieper ha introducido una útil distinción entre *metaética* y *metamoral*: la primera se ocuparía de las teorías morales en general, mientras que la segunda se centraría en el análisis de los enunciados morales, en la línea inaugurada por el filósofo británico G. E. Moore.

“La metaética –escribe Annemarie Pieper–, podría considerarse como la teoría de la ciencia aplicada a la ética. Se entiende bajo esta denominación no sólo aquella corriente de ética que desde comienzos del presente siglo se ha dado a conocer como tal, sobre todo en el ámbito anglosajón, sino también –y en un sentido más amplio– toda reflexión que no se refiere directamente al objeto de la ética sino a la *estructura de la propia reflexión*, así como a la manera como la ética habla de su objeto. Esta reflexión, crítica en su intencionalidad, que analiza el discurso ético en lo relativo a sus pretensiones y sus límites, es metaética en sentido propio. Por el contrario, la metaética anglosajona, que trata de analizar el *significado* de las palabras utilizadas en el cotidiano juego lingüístico de la moral (por ejemplo, el deber, el poder hacer, la obligación, lo bueno, la conciencia, etc.), no es propiamente ‘meta-ética’, sino ‘*meta-moral*’, a la luz de la distinción entre moral y ética (esta última, la ciencia de la moral) que hemos considerado ya en un principio”<sup>6</sup>.

Entendida como teoría de la ciencia aplicada a la moral, o, dicho más sencillamente, como estudio de las cuestiones epistemológicas relativas a la moral, la metaética no es un asunto nuevo. Como ha hecho notar Spaemann, la filosofía moral, desde Sócrates, siempre se ha interrogado por el uso de los términos morales y la naturaleza del conocimiento moral<sup>7</sup>, si bien, esa interrogación no aparecía desvinculada de una investigación sustantiva acerca de la naturaleza del bien.

En realidad, como observa Darwall, “en la obra de las grandes figuras en la historia de la ética rara vez encontramos esta separación. Al con-

6. Cf. A. PIEPER, *Ética y moral*, p. 61.

7. R. SPAEMANN, “Was ist philosophische Ethik?”, en *Ethik Lesebuch von Platon bis heute*, Piper, München, 1991, pp. 9-23.

trario, pensadores como Aristóteles, Kant y Stuart Mill han intentado integrar metaética y teoría normativa en una visión sistemática coherente. Sus teorías normativas acerca de lo que tiene valor dependían invariablemente de sus teorías filosóficas acerca de la naturaleza del valor. Incluso la radical crítica nietzscheana de la moral, su ‘inversión de valores’, dependía de sus ideas filosóficas acerca de lo que podían ser el valor y la valoración. Todos estos filósofos ponen en juego su pensamiento filosófico más profundo acerca de la ética a la hora de su pensamiento ético-normativo. Para estos pensadores, la filosofía tiene consecuencias éticas: importa”<sup>8</sup>.

En cambio, lo que Annemarie Pieper llama meta-moral sí experimentó un crecimiento considerable en el pasado siglo, al menos hasta los años 70, década en la que asistimos, por un lado, a la llamada “Rehabilitación de la filosofía práctica”, y, por otro, a la publicación de la *Teoría de la justicia* por parte de Rawls. Hasta entonces, la teoría ética del siglo XX había estado dominada por el llamado “*no-cognitvismo ético*”, postura para la que los enunciados normativos carecerían de valor cognitivo, no serían ni verdaderos ni falsos, sino que su única función sería expresar nuestra propia postura emocional ante una cuestión, tal vez exigiendo de terceros que hicieran suya una cierta opinión. En esas condiciones, que bloqueaban cualquier investigación normativa, era lógico que la ética se centrara en problemas de tipo meta-ético<sup>9</sup>.

Ahora bien: si la ética, como reflexión filosófica sobre el obrar humano, tiene algún sentido práctico es precisamente porque, por una parte, advertimos que nuestro obrar, y, derivadamente, los juicios sobre nuestro

8. “In the work of the great figures in the history of ethics we rarely find this separation. On the contrary, thinkers such as Aristotle, Kant, and John Stuart Mill all attempted to integrate metaethics and normative theory into a coherent systematic view. Their normative theories about what has value invariably depended on their philosophical theories about what value is. Even Nietzsche’s radical critique of morality, his ‘transvaluation of values’, depended on his philosophical views about what value and valuation could be. All these philosophers bring their most deeply probing philosophical thinking about ethics to bear on their normative ethical thought. For these thinkers, philosophy has ethical consequences –it matters”. S. DARWALL, *Philosophical Ethics*, p. 12.

9. En efecto –observa Kutschera– “si los enunciados normativos no son ni verdaderos ni falsos, tampoco se pueden fundamentar. Las opiniones personales se tienen o no se tienen; se pueden describir y aclarar, pero no son algo que pueda tener para los demás un carácter obligatorio. El conocimiento de que alguien mantiene ésta o aquella postura, de que encuentra algo bien o mal, y de por qué lo hace, no es para mí un fundamento para compartir esa postura y actuar según ella. De este modo, según la tesis del emotivismo, la ética, como disciplina normativa, como teoría de la acción moral correcta, es imposible, y la tarea de la filosofía práctica sólo puede consistir en demostrar esta imposibilidad”. F. KUTSCHERA, *Fundamentos de ética*, Cátedra, 1982, pp. 11-12.

obrar, pueden ser acertados o desacertados, verdaderos o falsos, y porque, por otra parte, advertimos que el reconocimiento de la verdad o falsedad de tales juicios tiene la virtualidad de modificar nuestra conducta.

Indudablemente ambas hipótesis entrañan una toma de postura acerca de la racionalidad de las acciones y del comportamiento en general, que es preciso examinar con más detalle. Sin embargo, el hecho de que nuestra vida humana, tanto en el nivel personal como colectivo, se edifique sobre tales hipótesis, constituye una presunción a su favor, que sólo podría cuestionarse adoptando una postura radicalmente nihilista.

### 3. ¿ÉTICA O MORAL?

Por lo demás, en cuestiones de lenguaje se impone salir al paso de un uso muy extendido, que se refiere a la oportunidad de distinguir o no ética y moral.

Por de pronto, conviene advertir que, desde un punto de vista etimológico, apenas hay diferencia entre hablar de “ética” o “moral”: el término moral, del latín *mos/moris*, no es, al menos en un sentido, muy diverso del griego *ethos*, del que procede la palabra ética, que significa ya carácter, ya costumbres.

Sin embargo, a lo largo de la historia de la ética se ha producido una paulatina diferenciación entre ambos conceptos, si bien esa diferenciación adopta sentidos diversos según los autores y las disciplinas.

Así, según una acepción particularmente extendida entre los autores que cultivan la ética filosófica, la “moral” alude al comportamiento regido por normas o leyes universales, mientras que el término “ética” se vincula más directamente con la idea de una vida buena, en la que el concepto de normas o leyes universales, sin estar necesariamente ausente, no desempeña el papel prioritario, sino que éste se reserva a la virtud, las costumbres y las instituciones en las que se materializa o concreta el bien moral. En estos términos suele cifrarse la mayor diferencia entre la ética antigua y la filosofía moral moderna, diferencia que queda en parte recogida en la contraposición hegeliana entre *Moralität* y *Sittlichkeit* –moralidad y eticidad. Y en estos términos pueden entenderse asimismo los variados inten-